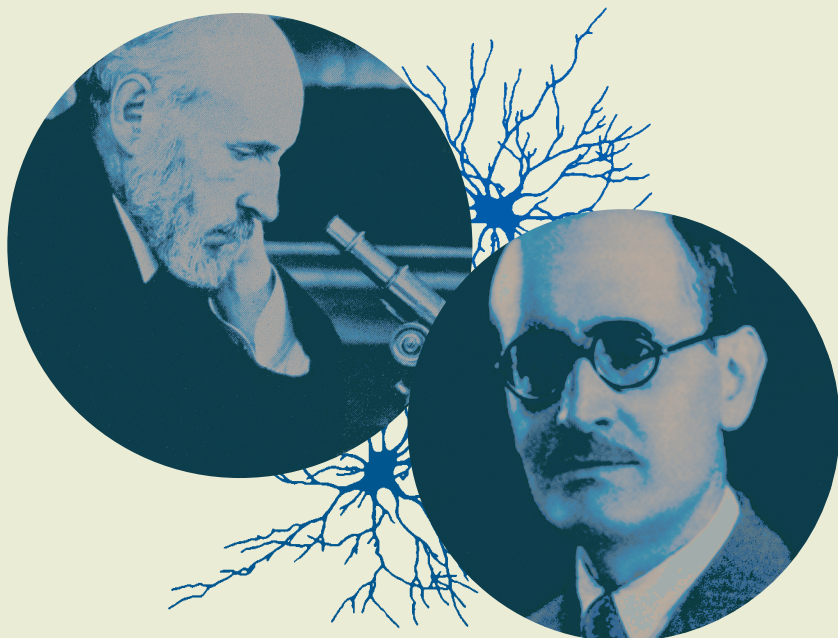


# EL MAESTRO Y YO

PÍO DEL RÍO HORTEGA



PRÓLOGO DE  
IGNACIO MORGADO

*Ariel*

Pío del Río Hortega

# El maestro y yo

Prólogo de Ignacio Morgado

*Ariel*

1.<sup>a</sup> edición: octubre de 2015

© 2015, herederos de Pío del Río Hortega

© 2015 del prólogo, Ignacio Morgado

La editorial hace expresa reserva de los derechos de autor que puedan corresponder a los herederos de Pío del Río Hortega.

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo

© 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-2281-0

Depósito legal: B. 19.620 — 2015

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

PRÓLOGO, de Ignacio Morgado . . . . .	9
INTRODUCCIÓN . . . . .	15
I. ANTECEDENTES . . . . .	21
Iniciación . . . . .	21
Desvío a la profesión . . . . .	24
Retorno a la vocación . . . . .	26
En busca de Cajal . . . . .	28
En busca de Achúcarro . . . . .	30
Paréntesis . . . . .	34
Junto al maestro . . . . .	36
Nuevo paréntesis . . . . .	41
En el Instituto Cajal . . . . .	42
Antiguos y modernos . . . . .	50
Dos laboratorios en uno . . . . .	53
Achúcarro, Fañanás y Tello . . . . .	58
Sociedad de biólogos . . . . .	61
La imprenta de Moya . . . . .	64
Calle del Prado, 10 . . . . .	66
Ronda la fortuna . . . . .	68
El maestro en declive . . . . .	71



Inquietudes . . . . .	74
Halagos de la suerte . . . . .	76
Pesimismo . . . . .	81
Ausencia de Achúcarro . . . . .	82
Inyección de optimismo . . . . .	84
Investigadores . . . . .	86
Sánchez contra Sánchez . . . . .	91
Retorno al pesimismo . . . . .	93
Un farsante y un loco . . . . .	95
Ausencia voluntaria . . . . .	97
II. LA INTRIGA . . . . .	101
Cajal tira del velo . . . . .	102
Respuesta debida . . . . .	106
Enervamiento . . . . .	111
Primavera y estío . . . . .	113
Carta inesperada . . . . .	117
III. LAS CONSECUENCIAS . . . . .	123
Retrospección . . . . .	124
Respuesta incompleta . . . . .	127
Lo que no podía decirse . . . . .	133
Nuevas esperanzas . . . . .	138
Con las alas rotas . . . . .	144
Estímulos . . . . .	148
Contra mí y contra todo . . . . .	150
Otra vez en marcha . . . . .	155
Nuevas discrepancias . . . . .	159
Carta, respuesta y comentarios . . . . .	162
Perspectiva de cátedra . . . . .	165
La entrevista . . . . .	169
Con pie forzado . . . . .	171
La casa de enfrente . . . . .	173

La casa propia .....	175
Una lección de justicia .....	180
Nuevas perspectivas .....	184
Salidas .....	188
Un español cien por cien .....	193

## I. ANTECEDENTES

No quisiera dar a estas páginas un tono autobiográfico. Si poseyera cierto interés, algún historiador se ocuparía de biografiarme. Tampoco está en mi ánimo trazar algo tan artificioso y mendaz como esas narraciones esencialmente literarias que suelen llevar el nombre de Memorias en las que el autor actúa, piensa y habla casi siempre como un niño, un adolescente y un adulto de prodigio.

No tengo la pretensión ridícula de creer que interesen los episodios vulgares de mi vida, y de los que no lo son prefiero no hablar porque llevan la impronta de una amargura, que sería fastidioso recordar o la de un trabajo de la suerte que parecería vanidoso referir. Me limitaré, pues, a mencionar a los que conciernen a mis relaciones con Cajal antes de llegar a su laboratorio, durante mi permanencia en él y después de abandonarle.

### INICIACIÓN

En mi época estudiantil sentía yo por el maestro el más fervoroso respeto. Asombrábame de su libro de histología la serie interminable de descubrimientos propios y el esti-

lo limpio de las descripciones. No podía colegir entonces el verdadero alcance de la obra realizada por él porque no manejaba libros ni revistas extranjeros que me mostraran su resonancia mundial. Me lo imaginaba, no obstante, muy superior en mentalidad a todos los españoles.

Mi buen maestro don Leopoldo López García —de venerable memoria— hacía a menudo el elogio de Cajal al que había conocido en la eclosión de sus aficiones a la histología y al que había iniciado en algunos aspectos de la anatomía microscópica. En la modesta biblioteca del laboratorio, formada por algunos libros en francés y en español (la mayoría de éstos traducciones de otros idiomas), destacaban los *Trabajos del laboratorio de investigaciones biológicas*, que publicaba Cajal, cuyos volúmenes hojeaba a menudo con Tomás Gutiérrez Perrín, ayudante, como yo, de la cátedra de histología. La explicación diaria de ella tenía por guión el libro de Cajal y apoyábase en sus propios esquemas que yo copiaba la víspera en el encera-do con tiza de colores. En algunas lecciones basábase la explicación de modo exclusivo en los grandes cuadros murales hechos por Padró con los maravillosos dibujos de Cajal. Por las circunstancias expuestas, su precioso nombre sonaba a todas horas en mis oídos y afincaba en mi espíritu reflejándose en una representación grandiosa del sabio.

¡Qué admiración sentía entonces por los discípulos de Cajal en aquella época (Tello, Sala, Villa, Terrazas), colaboradores en los *Trabajos del laboratorio*, y cómo seducía la aspiración de realizar con el tiempo algo semejante a lo de ellos!

Transcurrieron los años de carrera sin que mis aficiones a la clínica superasen a las del microscopio. Las mañanas era anatómico en la sala de disección y las tardes his-

tólogo en el laboratorio, que me retenía diariamente varias horas. Guiado certeramente por López García logré iniciarme en las técnicas de coloración más empleadas entonces, con las que aprendí a deletrear en los tejidos y gocé de no pocas emociones.

Don Leopoldo López García fue uno de los primeros españoles que sintieron atracción por la naciente ciencia histológica. Iniciado en ella por Maestre de San Juan, la cultivó especialmente con Ranvier a cuyo lado adquirió gran dominio de sus técnicas y doctrinas. Hombre dotado de fuerte espíritu de trabajo, hubiera podido —con mayor confianza en sí mismo— dedicarse con fruto a la investigación original, pero no se decidió a emprenderla. Severo cumplidor de sus deberes de catedrático, aplicó a la docencia todos sus esfuerzos. Pasaba el día entero en el laboratorio con su pléyade de discípulos y, por ello, era tildado de loco por sus colegas, más predispuestos a censurarle que a seguir su buen ejemplo. Hablaba rápidamente y era difícil a los alumnos seguir con atención sus explicaciones, por lo que a veces se distraían llenando la clase de murmullos que en vano pretendía acallar don Leopoldo haciendo alardes de energía. Conocían su bondad y abusaban de ella a sabiendas de que en los exámenes tenía mayor severidad que otros catedráticos. No hace muchos años, escuchando en Montpellier una lección de histología al profesor Vialleton, me pareció oír a don Leopoldo. Discípulos ambos de Ranvier, seguían, sin duda, su misma manera de explicar.

Aunque la eficacia del esfuerzo fuera inferior a lo que pudiera expresarse de su constancia, don Leopoldo será siempre un ejemplo del profesor enamorado de su profesión y entregado a ella con pleno dominio, dispuesto a todos los sacrificios.

Al cobrar junto a él apego creciente al microscopio no sospechaba yo que andando el tiempo hubiera de adquirir cierta desenvoltura en los estudios histológicos y que mi ineptitud para otra clase de trabajos me obligara a seguir en aquéllos el camino derecho de mi vida.

## DESVÍO A LA PROFESIÓN

Sin vocación alguna para el ejercicio de la medicina, la emprendí a desgano y como probatura convenciéndome pronto, entre nostalgias, de que no era mi designio.

Poseía un título, pero no los conocimientos fundamentales para utilizarlo sin rubor ni tropiezos. La formación profesional que yo —no mal estudiante— obtuve en Valladolid era mediana. Sólo en las cátedras de anatomía e histología pude adquirir noción clara de las cosas; en las de fisiología y patología general los fenómenos de más fácil demostración eran a menudo meras descripciones literarias o elucubraciones filosóficas. ¡Oh, el genio de Letamendi! La clínica médica fue un pugilato entre las ideas anquilosadas cincuenta años antes de un profesor «de ojo clínico» y las mal digeridas y sedimentadas de otro «de lecciones magistrales». La clínica quirúrgica, otro pugilato de conceptos chabacanos, bromas y chascarillos mantenido entre los dos profesores. ¡Algo vergonzoso!

Obtuve la titular de Portillo (lugar de mi nacimiento) y a su amparo desplegué mi papel de médico rural en el que, con atrevimiento que hoy considero heroico, me dispuse a adquirir sobre la marcha, y con el menor daño posible para mis clientes, la indispensable destreza. De mi actuación no dejé mal recuerdo en los espectadores pero

¡qué angustias me producía, qué tedio de todo, qué descontento de mí mismo!

Los enfermos y el estudio me distraían la mayor parte del día, pero con frecuencia dedicaba algunos ratos a repasar mi colección de preparaciones microscópicas con el modesto microscopio Zulauf que mi padre me compró de estudiante. Era una ventana luminosa que me dejaba vislumbrar en lo remoto lo que podía ser mi redención.

El deseo de abandonar aquel medio tan inadecuado a mi temperamento me decidió a emprender los estudios del doctorado que me prometían, a lo menos, un respiro a pulmón lleno. Un pariente mío se había envanecido muchas veces de su amistad con Cajal, cuya peña del Café Suizo frecuentaba, y me había prometido presentarme a él. Lo creí todo cándidamente; y al ir a Madrid llevaba la ilusión de que me acercase al maestro; mas la halagüeña promesa, fundada en irrealidades, no pudo cumplirse y yo no osé pisar el laboratorio de Cajal. Tenía noticias de que trabajaba en la soledad y renuncié a perturbársela. En cambio, iba de vez en cuando al café para verle, sin pasar de la contemplación venerativa.

Había preparado en tanto, trabajosamente, mi tesis doctoral, documentándola como buenamente pude en la biblioteca del Ateneo y, sobre todo, en la del gran oculista vallisoletano don Emilio Alvarado que me acogió con suma benevolencia. Era el tema escogido «Anatomía patológica de los tumores cerebrales» y se basaba en unas quince observaciones macro y microscópicas recogidas en mi época estudiantil. Persistía, pues, mi afición a los estudios anatómicos; pero el laboratorio me brindaba, en el orden económico, cortas perspectivas y, en el orden científico, yo no estaba seguro de mis dotes de investigador. Por otra parte, la cátedra era para mí una quimera puesto que mi

torpe memoria y mi timidez innata no me permitirían jamás triunfar en las oposiciones. Seguí, por todo, resignadamente en el pueblo hasta que, de manera impensada, se me ofreció una oportunidad de abandonarlo.

## RETORNO A LA VOCACIÓN

Don Leonardo de la Peña, con quien permanecí un par de años de interno anatómico siendo él profesor de disección, volvió a Valladolid después de una ausencia de algunos años, durante los cuales fue titular (no más que titular) de la cátedra de patología quirúrgica de Cádiz y se especializó en París al lado del urólogo Albarrán. Regresaba a Valladolid para regentar la cátedra de anatomía y hacer clientela como especialista de vías urinarias. Precisaba, en este segundo aspecto, una persona a quien confiar los trabajos de laboratorio y pensó que yo podría serle útil. Me animó a ir a su lado ofreciéndome todos los análisis que precisara su clientela, con los que podría satisfacer mis escasas ambiciones pecuniarias.

Acepté, agradecido, la distinción que se me hacía y la oportunidad que se me brindaba de vivir en un ambiente más de mi agrado y monté en Valladolid un modesto laboratorio en el que, en espera de los prometidos análisis, recomencé los estudios microscópicos. Por fortuna, aquéllos no llegaron, pues mi mecenas no cumplió sus ofrecimientos. Yo, en cambio, asistía diariamente al pequeño laboratorio de la cátedra de anatomía donde no escaseaban los análisis gratuitos.

Ahora bien, para evitar posibles enfados con mi maestro López García, no quise ofrecer a los colegas mi laboratorio y me contenté con seguir haciendo en él exploracio-



nes microscópicas. Poco después comencé a frecuentar de nuevo el laboratorio de la Facultad de Medicina y a colaborar en la enseñanza práctica de los alumnos, en la que presté mayor atención cuando obtuve el nombramiento de profesor auxiliar y me desligué, sin resquemor alguno, de don Leonardo. Éste, por el contrario, prosiguió favoreciéndome con su generosidad verbal y unos años después, en posesión ya de su cátedra de urología en San Carlos, solicitó, y obtuvo de nuevo, durante un curso, mi desinteresada colaboración en los análisis de laboratorio y en la enseñanza práctica de los alumnos.

Sustituyendo, en diversas ocasiones, a mi maestro en la docencia, pude convencerme de que por ese camino no podría llegar lejos. Para la explicación de cátedra me faltaba, ante todo, ánimo sereno. Era sumamente impresionable y olvidadizo. Con buena memoria para los hechos y mala para las palabras, todo aquello que sabía por haberlo visto y comprobado fluía fácilmente de mi verbo; pero mi discurso veloz, y a ratos atropellado, no se avenía con el recuerdo de las nociones aprendidas la víspera al preparar la lección. Padecía frecuentes inhibiciones que me ponían en trances difíciles. No me faltaban, sin embargo, la estima y el respeto de los alumnos, aunque éstos iniciasen a veces el barullo a que estaban acostumbrados, a prueba de la bondadosa paciencia de don Leopoldo.

Tomé aversión a la cátedra, que era para mi temperamento apocado un pequeño suplicio. El laboratorio me encantaba, pero era odioso que tuviese que arrastrar el lastre de la enseñanza teórica de una disciplina basada en hechos de observación, que los estudiantes no podían comprender mediante descripciones literarias. ¡Así les era de antipática!

Seguro ya de que no serviría para opositor ni para

catedrático, quise hacer una nueva exploración en busca de un laboratorio sin cátedra. Vi un portillo entreabierto en el anuncio de una plaza de jefe de sección del Instituto del Cáncer que prometía dos años de asistencia a laboratorios extranjeros y seis años, como mínimo de servicios, al regreso. Solicité inmediatamente la admisión al concurso y así que acabó el plazo de instancias marché a Madrid dispuesto a toda clase de esfuerzos por conseguir mi propósito. Ignoraba yo, inocente provinciano, que en aquella época al anunciarse un cargo se tenía ya candidato seguro para ocuparlo.

No agradó mucho a mi maestro quedarse sin mí como auxiliar pero, no obstante, tuvo la bondad de escribir dos cartas de presentación para don Francisco Tello y don Nicolás Achúcarro, ambos auxiliares de Cajal y sus principales colaboradores. Era mi propósito que ellos me facilitasen el acceso al laboratorio de Cajal hasta que se resolviese el concurso-oposición que me llevaba a Madrid.

No estaba don Leopoldo muy seguro de que Achúcarro me concediera gran atención, pues le encontraba un tanto raro y engreído; en cambio, no tenía dudas de que Tello me prestaría su ayuda. Todo sucedió, sin embargo, de manera contraria.

## EN BUSCA DE CAJAL

Supe al llegar a Madrid que Achúcarro dirigía un laboratorio creado para él por la Junta para Ampliación de Estudios y que Tello trabajaba en el de la Facultad de Medicina. Me dirigí, pues, a éste porque era mi sueño acercarme a Cajal. Tello me recibió afablemente, pero me anunció que, por el momento, no tendría sitio para trabajar. Me

invitó, sin embargo, a ir por allí cuando quisiese. No recuerdo bien si fue aquel mismo día cuando saludé a Cajal por vez primera, pero sí la impresión que me produjo verle entrar en el laboratorio a grandes pasos, la cabeza inclinada, el gabán desabotonado y el cuerpo con ligero balanceo. Su cara de trazos enérgicos, su testa lisa y ojival, orlada de nieve, sus ojos a ratos distraídos y a ratos inquisidores, su voz pausada y bronca, su risa ingenua, fueron mis primeras impresiones. Poseía ya su cabeza una belleza plástica impresionante que a mis ojos, admirativos y devotos, aumentaba después cada día. Estreché con emoción su fuerte mano y balbuceé mi deseo de asistir al laboratorio si lo permitía, a lo que accedió bondadosamente.

En días sucesivos continué yendo por allí, un tanto decepcionado y con la esperanza de que al cabo de algún tiempo lograría sitio para trabajar. Tello lo hacía en la mesa que pudiera corresponder a don Santiago, el cual efectuaba sus investigaciones en el Laboratorio de Investigaciones Biológicas. El de San Carlos era, en verdad, poco acogedor. Ni el mozo sabía tenerlo limpio y ordenado, ni la estufa lograba templarlo. Tello trabajaba envuelto en su gabán y en su bufanda. Gabán y bufanda llevaba también dentro de aquél don Santiago. Yo entraba por allí tímidamente, me acercaba a Tello y observaba su labor.

Los temas preferidos entonces eran el estudio del «aparato de Golgi» con el nuevo método del urano-formol de Cajal y de las «terminaciones nerviosas de los pelos» mediante la plata reducida. Técnicamente tenían poco que aprender estos métodos, que yo había ya practicado. La tarea rutinaria de poner y quitar reactivos, meter y sacar frascos de la estufa, incluir y seccionar las piezas, montar los cortes en dos, tres o más hileras, no tenía interés alguno. Éste se hallaba en el resultado de tantas mani-

pulaciones que para Tello, hábil conocedor de las técnicas, era a menudo favorable. De vez en cuando, con largos intervalos, me mostraba alguna bella coloración de corteza cerebral con los retículos celulares perfectos o de pelos táctiles con sus redes nerviosas impecables.

Pocos días me fueron precisos para percatarme de que allí no tendría la ayuda que precisaba, pero seguí acudiendo tercamente un par de meses. Aunque no fuera más de una hora diaria podía considerarla casi perdida. Yo no acertaba a comprender tanta frialdad. Iban asiduamente Tello y Ardante y, con menos frecuencia, algunos alumnos. Don Santiago solía entrar antes y después de la cátedra. Hablaba con Tello de temas científicos e hipótesis de trabajo, hacía sugerencias interesantes. Rara vez entraba yo en la conversación que escuchaba atento y sin perder palabra pues era ella, en realidad, lo que me llevaba al laboratorio una vez persuadido de que la puerta de la cordialidad no se me abría.

#### EN BUSCA DE ACHÚCARRO

Fracasado el intento de obtener sitio de trabajo a la sombra de Cajal, se me hizo forzoso cambiar de rumbo. El esperado concurso-oposición no llegaba. Habitado a la tarea diaria, me aburría tremendamente en la inactividad. Necesitaba un laboratorio y un maestro y me decidí a buscarlo.

Ignoro si hice mal o bien. Sólo sé que ha sido enorme el influjo de tal decisión en mi vida. Como cuentas de rosario, hay en ella engarzados numerosos hechos que arrancan del instante en que marché junto a Achúcarro.

Infinitas veces, en el transcurso de más de veinte

años, he buscado respuesta, sin acertar con ella, a esta pregunta: ¿por qué no hallé junto a Cajal el apoyo que demandara con un doble estado anímico de timidez y respeto? Ciertamente, es incomprensible el fenómeno de la simpatía que quizá fuese en mi caso la clave del problema. Tampoco puede explicarse con facilidad por qué la falta de inclinación se trueca a veces en repulsión y pasa de ser un sentimiento negativo a otro positivo.

Aconteció, sin embargo, que la indiferencia respecto a mí se trocó en antipatía desde el momento en que pude llamarme discípulo de Achúcarro. Y no, ya puede comprenderse, por parte de Cajal, cuya devoción a este discípulo suyo y cuyo afecto a quienes llamó después sus nietos espirituales parecían grandes y sinceros.

El laboratorio de Achúcarro se hallaba en el Museo de Historia Natural y ocupaba una sala de reducidas proporciones. En mi simpático ambiente de camaradería, colaboraba hasta media docena de discípulos. Fui acogido por todos con cordialidad y comencé, sobre la marcha, mi tarea. Achúcarro había ideado un método histológico que permitía descubrir numerosas estructuras delicadas y auguraba grandes resultados en la resolución de algunos temas de actualidad en el campo de la histopatología nerviosa a la que todos —Achúcarro, Gayarre, José M. Sacristán, Calandre, Hueto, el P. Barbado— se entregaban apasionadamente.

Comencé por adiestrarme en el método de Achúcarro, después de diversos tanteos infructuosos, y tras ello, lo puse en práctica para diversos estudios junto con otras técnicas que yo manejaba con soltura y en las cuales llevaba a los demás cierta ventaja.

Nicolás Achúcarro había permanecido en Italia y Alemania hasta conseguir la destacada personalidad que le